

[Publicado previamente en: *Boletín de la Real Academia de la Historia* 150, 1962, 7-23. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original].

© Herederos de Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Moericus, Belligenus y los mercenarios españoles en Siracusa *

Antonio García y Bellido

[7→]

INTROITO.

Por vía de introducción y para colocar mejor en su tiempo, lugar y ambiente histórico los hechos que vamos a comentar, conviene evocar antes unos cuantos acontecimientos que nos van a llevar como de la mano al tiempo y punto que ahora nos importa más. Situémonos en Sicilia y en una fecha cualquiera inmediatamente posterior al año 216 antes de J. C. Este año, en agosto, se había librado en Cannae, en el Sur de Italia, la tremenda batalla en la que los romanos apenas tuvieron supervivientes. El resultado inmediato, sin embargo, no guarda proporción con la magnitud de la catástrofe, pues —fuera por lo que fuera (el problema con ser fascinante no nos interesa ahora) — Hannibal no sacó el fruto que su victoria le ofrecía. La guerra, lejos de acelerar su fin, se estabilizó, se paralizó hasta un punto que hoy nos sorprende, nos deja atónitos. Hannibal continuó en el Sur de Italia entretenido en acciones de poca monta mientras Roma, despierta por la tremenda sacudida de Cannae, en un esfuerzo admirable y casi increíble que hoy nos deja igualmente perplejos, se reponía con sorprendente rapidez levantando nuevos ejércitos. [7→8-]

Conviene recordar también que el ejército de Hannibal, el que logró enhebrar aquel impresionante rosario de victorias y hazañas que comienzan con el paso del Rhódano y llevan a Cannae, estaba compuesto en su casi totalidad de tropas mercenarias bárbaras y entre ellas, pero predominantemente, de africanos y españoles. Pues bien, parte de estos españoles van a ser los protagonistas del episodio de Siracusa, que nos va a entretener en las líneas que siguen.

Sicilia, dada su situación, no podía permanecer al margen de la contienda entre Roma y Carthago. Era como un puente entre Italia y Libia, pero un puente al mismo tiempo que geográfico político. Desde la Primera Guerra Púnica estaba en poder de Roma. La política de Roma, no siempre dúctil y comprensiva, había dado nacimiento a un partido filocarthaginés que pronto se enfrentó con el otro, tradicional, que prudentemente abogaba por el mantenimiento de la alianza con Roma. Como es lógico, las recientes victorias de Hannibal en Italia eran explotadas abiertamente por el partido amigo de los carthagineses.

* Disertación leída en Sesión Académica, que se publica ahora con algunas notas adicionales.

SIRACUSA ANTE EL PELIGRO.

De todas las ciudades sikeliotas seguía siendo cabeza preeminente Siracusa, que gozaba de cierta autonomía. La guerra de Italia había dado lugar, aquí como en todas partes, a la formación de dos fuertes núcleos de opinión: el filocarthaginés y el filorromano; no obstante, la sabia política de Hierón II había logrado mantener hasta entonces el orden en la ciudad. Pero Hierón II, ya muy anciano, murió precisamente cuando su presencia era más necesaria. Su muerte dejó sin frenos a los dos partidos beligerantes que, aprovechando la debilidad del nuevo monarca, el niño Hierónimos —nieto de Hierón II—, se disputaron el poder y con él los rumbos que uno y otro querían marcar a su política.

Comprendiendo Hannibal el papel que Siracusa podía jugar en el futuro de la contienda, se apresuró a tratar con el nuevo rey que, aunque había recibido de su abuelo el sabio consejo de continuar fiel a la alianza romana, tan pronto como se vio dueño del poder se inclinó decididamente por Carthago. No tomó [-8→9-] poca parte en ello la astucia de los dos embajadores que Hannibal le había enviado, Hippokrates y Epikydes, griegos de origen, pero nacidos de madre púnica. Estos supieron meterse hábilmente en las intrigas de la corte y sacar provecho de ellas induciendo al joven monarca a romper la alianza antigua con Roma y ponerse al lado de los púnicos. A cambio de ello Hannibal le prometió no sólo la entrega de las antiguas ciudades griegas de la mitad oriental de la isla, sino que incluso accedió sin reparos a cederle también la parte occidental, que había sido antes de los carthagineses. En una palabra: el dominio total de Sicilia. Naturalmente, Hannibal dejaba al problemático futuro la efectividad de este tratado, conscientemente firmado por él en el aire.

Pero el partido filorromano no se dejó vencer fácilmente. El inexperto rey cometió todo género de abusos y tropelías irritando de tal modo a los partidarios del romano y a la gente sin partido, que hizo estallar una revuelta cuya primera víctima fue precisamente, su persona. Hieronymos fue asesinado. Esto ocurrió el 214.

Con tal ocasión nos enteramos por Livio (XXIV 24, 7) que Hieronymos tenía a su servicio una cantidad desconocida de 'mercenarios africanos e hispanos (*Afrorum et Hispanorumque auxiliares*), sin duda procedentes del ejército cartaginés y llevados, muy probablemente, por Hippokrates y Epikydes, los dos jefes del movimiento filocarthaginés. De ellos no sabemos más, pero hubieron de hallarse presentes en todas las acciones en que, de un modo general —y aparte de las que motivan principalmente estas líneas—, son citados los mercenarios al servicio de los syrakussanos. (Cfr. Livio, XXIV 27, 29, 32 y XXV 29.)

INTERVENCIÓN DE ROMA.

Entretanto habían transcurrido ya dos años de Cannae y Roma, gracias sobre todo a la inactividad de Hannibal, se había ido recobrando. Ya más seguros tomaron muy en consideración la política de Sicilia en la que habrían de apoyarse para llevar la guerra a África, plan que ya estaban madurando. Enviaron, pues, una buena cantidad de hombres al mando, del cónsul Claudius Marcellus, que, tras de Cannae, se había ganado con méritos relevantes la confianza de sus compatriotas, convirtiéndose [-9→10-] en el verdadero dirigente de los asuntos relativos a la guerra en Italia.

Con la muerte de Hieronymos se había puesto fin definitivo a la vieja dinastía syrakussana, cuyos miembros fueron exterminados para evitar una posible restauración. Subió al poder un gobierno aristocrático dispuesto a renovar la antigua alianza con Roma. Pero el partido contrario no se dio por vencido y supo fomentar el descontento dando lugar a que Carthago, que veía el sesgo grave que podían tomar las cosas, renovara sus esfuerzos para atraerse otra vez a los siracusanos. De nuevo, pues, actuaron Hippokrates y Epikydes, que muy hábilmente lograron triunfara al cabo otra revolución de signo contrario que puso en el poder a los dos secuaces de Carthago. En consecuencia, volvió Siracusa a su alianza con los púnicos. Al ver Marcellus el nuevo y adverso cariz de la situación dejó a un lado su expectante neutralidad y puso sitio formal a Siracusa, tanto por tierra como por mar (213). Por el momento Carthago, que tampoco había intervenido aún militarmente, se mantuvo de observadora, pues la suerte, lejos de lo que se esperaba, no se había inclinado aún abiertamente por los romanos, contra los que empleaba su talento el gran físico Arquimédes.

INTERVENCIÓN DE HANNIBAL.

No podía esperarse, sin embargo, que los púnicos se mantuvieran mucho tiempo ajenos al conflicto. En efecto, al fin decidieron intervenir quizá contra su gusto. Enviaron a Siracusa un ejército al mando de Himilkón, que pudo desembarcar sin contratiempos en Herákleia Minoa, en la costa Sur de Sicilia, al Oeste de Akrágas, dirigiéndose al punto a esta ciudad, que tomaron sin dilaciones. Entonces muchas de las ciudades sikeliotas se declararon partidarias de los carthagineses, en parte por temor a los romanos, que recientemente habían extremado su crueldad persiguiéndoles por meras sospechas de infidelidad a su causa, pero, en parte, también por temor a los carthagineses vencedores.

Marcellus, empero, no perdió tampoco el tiempo. Aprovechándose de una ocasión propicia dio un asalto que puso en sus manos nada menos que la famosa fortaleza Euryalos, llave de [-10→11-] Siracusa. Al ver los carthagineses este golpe de fortuna para los romanos apresuran su marcha sobre Siracusa, sitiando a su vez a los sitiadores. La lucha entablada no cambió mucho la situación previa. Los romanos siguieron dueños de la ciudadela y los carthagineses, con sus nuevos aliados, hubieron de acampar en la parte baja, a orillas del Anapos.

De nuevo la plana del río, foco constante de malaria, jugó su tremendo papel del mismo modo que lo había jugado ya en los dos cercos sostenidos por los púnicos en tiempos de Dionysios el Viejo. Entonces salvó la ciudad, pero ahora iba a perderla. En efecto, la peste desencadenada entre sitiadores y sitiados; se cebó, sobre todo en los carthagineses y sus auxiliares, que tuvieron tal cantidad de víctimas que el ejército, compuesto principalmente de indígenas sikeliotas, se deshizo por la dispersión de sus componentes que se volvían en masa a sus aldeas. Muchos, de los jefes púnicos murieron y entre ellos el general Himilkón e Hippokrates. Simultáneamente la defensa de la ciudad por parte de los secuaces de Carthago aflojaba. El otro de los cabecillas de la situación, Epikydes, colega de Hippokrates, hubo de huir refugiándose en Akrágas, donde estaban los púnicos, como vimos. Con ello cundió el desánimo en los siracusanos, abrigando la idea de una entrega al romano.

NEGOCIACIONES PARA LA RENDICIÓN DE SIRACUSA.

Había en el ejército púnico-siracusano que sitiaba Marcellus una gran cantidad de desertores del ejército romano. Como es lógico, estos desertores no podían esperar piedad alguna en el caso de que los romanos entraran en la ciudad. Por ello eran los más tenaces partidarios de evitar toda negociación. No obstante, el estado de los sitiados era tan desesperado que hubieron de iniciar conversaciones para preparar una entrega aceptable. De ellas no resultó al pronto nada positivo, sino todo lo contrario, pues los desertores hicieron correr la especie de que los romanos tampoco respetarían las vidas de los mercenarios. Estos, en principio partidarios también de la rendición, dando crédito a los desertores, se volvieron de su acuerdo y todos juntos se alzaron [-11→12-] en rebelión contra los siracusanos, matando a los magistrados de la ciudad y con ellos a todos los ciudadanos notables.

Para no quedar sin jefes los estipendiarios nombraron seis gobernadores, tres para la Achradina, el sector costero de Siracusa, y otros tres para Nasos, es decir, la isla de Ortygia, núcleo primitivo de la ciudad. "Uno de los tres *praefecti* que mandaban en la Achradina era un español de nombre Moericus" (*erat e tribus Achradinae praefectis Hispanus, Moericus nomine*, Liv. XXV 30, 2).

Como pese a la enérgica y brutal réplica de tios desertores y mercenarios la situación de la plaza sitiada era cada día peor, hubieron de iniciarse nuevas negociaciones tendentes, sobre todo, a aclarar la posición en que habrían de quedar los mercenarios, que ya empezaban a sospechar habían sido instrumento de los desertores.

Casualmente acababa de llegar a Siracusa, procedente de España, un enlace llamado Belligenus, que, como Moericus, era también español (Liv. XXV 30, 2, y XXVI 21, 13). Ambos celebraron una conversación privada en la cual Belligenus expuso ante Moericus la grave situación de los púnicos en España (Liv. XXV 30, 2). Livio, único narrador de este episodio, pone en boca de Belligenus las razones con las que exhortó a Moericus a entregar la plaza. Con un acto meritorio como éste, Moericus podría alcanzar el primer puesto entre los suyos, ya optara por seguir militando al lado de los romanos, ya prefiriera regresar a su patria. Por el contrario —seguía arguyendo Belligenus—, si Moericus persistía en mantener el cerco, ¿qué esperanza le quedaba estando envuelto por tierra y mar? (Liv. XXV 30, 3). Impresionado Moericus por estos razonamientos y por los informes relativos a la marcha de la guerra en España hizo que en la comisión preparada para parlamentar con los romanos figurasen su propio hermano y Belligenus, que, bien instruidos, buscaron un aparte con Marcellus. De esta conferencia secreta resultó la confección de un plan de entrega de la ciudad. La comisión regresó de nuevo a la Achradina (Liv, XXV 30, 4).

Moericus —prosigue Livio—, para alejar cualquier sospecha por parte de los desertores, fingió hastío por todas estas idas y venidas y propuso el corte de las negociaciones y el refuerzo de las defensas, haciendo ver que, para el mejor logro de esto [-12→13-] último, convenía repartir los más importantes puestos entre los prefectos, recayendo la responsabilidad de su defensa sobre cada uno de ellos. La proposición fue aceptada por todos y "Moericus se hizo cargo del mando sobre la zona comprendida entre la Fuente de Aréthousa hasta las bocas del Puerto Grande. De todo ello hizo Moericus que se enteraran los romanos" (Liv. XXV 30, 5-6).

La zona que se atribuyó a Moericus era la llave de la ciudad para el que pretendiera entrar en ella por el mar. Comprendía el barrio llamado Nasos, es decir, la isla Ortygía, asiento de la primitiva colonia griega, y la entrada de la bahía que cerraba al Norte la Isla ya dicha y al Sur el Plemmyrion con sus fortificaciones. La fuente de la Nimpha Aréthousa surge aún hoy en la orilla occidental de Ortygía.

LA ENTREGA DE SIRACUSA

Conforme con lo secretamente acordado Marcellus preparó un desembarco junto a la fuente, lo que hizo felizmente al amanecer de la cuarta vigilia. Según lo convenido, Moericus guió a los romanos (Liv. XXV 30, 8), siendo ya fácil apoderarse de la isleta entera y atacar la Achradina por tierra desde el SE., ayudados, además, por Moericus y los suyos, ya abiertamente al servicio de los romanos (Liv. XXV 30, 12). En los discursos que tras estos acontecimientos pone Livio en labios de Marcellus, éste califica de ejemplar para los siracusanos la acción de Moericus, "el jefe español que había entregado el sector que tenía a su mando" (Liv. XXV 31, 6). La ciudad fue entregada al saqueo, salvándose sólo de él los tesoros reales y los domicilios de los siracusanos partidarios de Roma. Arquimedes fue asesinado en la playa mientras, según dijeron, se dedicaba a sus cálculos matemáticos, ajeno al tumulto que le rodeaba (Liv. XXV 31, 8 ss.). Esto cae ya en el año 212.

La acción de Moericus no fue brillante en este caso, aunque el romano la ponderara como ejemplar. Pero no cabe duda que obró razonablemente guiado por un claro sentido de la realidad. Los informes recibidos de Belligenus, su compatriota hispano, que acababa de venir de España, y la situación realmente [-13→14-] desesperada de Siracusa, no aconsejaban, en verdad, una resistencia ciega y tenaz. El ejército cartilágines que vino en ayuda de los sitiados se había disuelto y sus jefes o habían muerto o habían huido. La ciudad de Siracusa ansiaba la entrega a los romanos. Sólo el temor a la suerte de los trófugas y desertores romanos, a los que, naturalmente, no amparaban las cláusulas de la rendición, podía justificar una resistencia a ultranza. Pero ello no era bastante y afectaba a tan pocos que no era lícito el sacrificio inútil de los más.

Tanto Moericus (y su hermano) como Belligenus eran hispanos de sangre céltica o celtibérica, juzgando al menos por sus nombres. Debían de proceder de alguno de los pueblos de la meseta norte ¹.

LOS MERCENARIOS HISPANOS EN MURGANTIA

Más adelante Livio vuelve a darnos nuevas noticias de este curioso personaje español, que tuvo por breve tiempo en sus manos el destino de la gran ciudad griega de Siracusa, emporio de riqueza y cultura. A Marcellus le concedieron en Roma el derecho de triunfar de Sicilia. El general romano entró en la Ciudad

¹ Los *belli* eran celtíberos (Pol. XXXV 2, 3; App. *Iber.* 44, 48, 50, 63, 68). Conocemos un nombre Pellius y un Bellius con sus derivados, como el cognomen Bellienus. Belliena y Belliana aparecen en textos del siglo XI todavía. El sufijo *-genus* es muy corriente, con el significado de "hijo de". Para Moericus podrían aducirse multitud de terminaciones en *-icus* en la antroponimia celto-hispana. En una lápida de La Puebla de Montalbán, Toledo (*Eph. Ep.* 9, 1903, 123, n.º 317), figura Moenicum, y Moenius en la provincia de Burgos (*CIL II* 2865).

Eterna llevando delante de sí, como era habitual, un enorme botín de armas y obras de arte de todo género, siendo éste el primer caso registrado en la Historia romana —luego tantas veces repetido— de celebrar los triunfos con la exhibición de obras de arte griegas. Livio, al describir la pompa triunfal de Marcellus, dice: "Llamaba la atención, también un espectáculo no menos curioso: precedían a Marcellus, Sosis, el siracusano, y Moericus, el español, ornados ambos con sendas coronas áureas. De ellos el primero había conducido de noche a los romanos para [-14→15-] entrar en Siracusa, el otro habíales entregado Nasos y su guarnición" (XXVI 21, 9-10). Aparte este honor, recibieron también "el derecho de ciudadanía romana y quinientas yugadas de tierra" (ídem XXVI 21, 11) ¹.

A Sosis se le dio, además, una porción del territorio siracusano. Por su parte, "Moericus y los españoles que con él se pasaron recibieron en Sicilia ciudad y tierras de las confiscadas por derecho de conquista" (Liv. XXVI 21, 12) ².

Si los compañeros de Moericus no recibieron entonces la ciudadanía plena, como parece, debieron de ser premiados probablemente con otra de grado inferior que los textos no especifican. Cuál fuera aquella ciudad que colonizaron, lo dice Livio poco después: "Murgantia y su territorio fueron asignados a los españoles en conformidad con las disposiciones de un senatus-consultum" (... *Murgantiam Hispanis, quibus urbs agerque debebatur ex senatus-consulto, attribuit*. Liv. XXVI 21, 17). "En el mismo territorio —añade Livio— se concedieron cuatrocientas yugadas a Belligenus, que consiguió decidir a Moericus por "los romanos", *in eodem agro Belligeni, per quem inlectus ad transitionem. Moericus erat, quadraginta iugera agri decreta*. Liv. XXVI 21, 13). Del reparto de las tierras encargó el praetor M. Cornelius Cethegus, debiendo hacerlo a discreción (Liv. XXVI 21, 13 y 17).

Poco después del desfile triunfal de Marcellus los sicilianos enviaron una queja al Senado contra el general triunfador diciendo que éste había preferido deber la toma de Siracusa al herrero Sosis y al español Moericus antes que a los mismos siracusanos, estando toda la ciudad de parte de los romanos (Livio, XXVI 30, 6). Marcellus se defendió de esta acusación diciendo que si había preferido a Sosis y Moericus (Liv. XXVI 31, 4) fue porque sólo éstos se habían prestado a entregarle la ciudad y no los siracusanos. "Únicamente —añadió— tenéis odio y execración para los que lo hicieron y aquí mismo no podéis ahorrarles vuestros ultrajes" (Liv. XXVI 31, 5). Así terminó este curioso episodio. [-15→16-]

Un texto algo oscuro, y por ello mal interpretado, se aclara ahora en el sentido de que también Strabon tuvo noticia de estos hispani de Murgantia, a los que él llama al modo griego Ἴβηρες (iberos). En efecto, Strabon, enumerando los pueblos principales de Sicilia, cita a los sikeloí, sikanoí, mórgates y otros, "entre los cuales había también íberes: ὧν ἦσαν καὶ Ἴβηρες (Str. VI 2, 4). Esta mención, que proviene de la existencia real en su tiempo de los descendientes de aquellos iberos de Siracusa, evocó en el geógrafo griego un texto de Éphoros, historiador sikeliota del siglo IV, que dijo que los iberos fueron los primeros que —según se decía— se

¹ En la historia de la romanización de los españoles el caso de Moericus es el primero conocido en su género, pues la ciudadanía romana no se concedía —y menos en aquellos tiempos— fácilmente.

² Es éste también el primer caso conocido de una colonización con elementos españoles.

establecieron en la isla. Y a continuación habla Strabon de Murgantia dando la noticia, que en otro lugar comentamos, relativa a la extinción de la ciudad ¹.

MURGANTIA.

Murgantia, la ciudad entregada con su ager, con su campo, a los mercenarios hispanos de Siracusa, ha sido siempre un problema de ubicación confuso. Y ello por más de unas razones, pero principalmente por cierto pasaje de Livio (XXIV 27, 5) en el que alude a una flota romana fondeada frente a Murgantia, de lo que no cabe más que deducir que Murgantia era una ciudad marítima. Pero ello está en contradicción irreductible con los demás testimonios escritos, que la sitúan tierra adentro, unos explícitamente y otros indirectamente. Diódoros, que era sikeliota y que había nacido en Agyrion, cerca de donde hoy sabemos estuvo Murgantia, coloca a esta última entre otras ciudades del interior (τῶν ἐν μεσογειῷ πόλεων. Diód. XI 78, 5). En otro momento el mismo historiador la sitúa de nuevo ἐν τῇ μεσογειῷ (Diód. XIX 6, 2 s.).

Sin embargo, de estas flagrantes contradicciones, y previa la exclusión sin paliativos de otra Murgantia del Samnium, los demás testimonios antiguos han dado los suficientes datos para suponer con visos de acierto que la Murgantia que nos ocupa debía buscarse al Sur de la actual Agirá (antigua Agyrion), hacia [16→17] el macizo del Monte Júdica, lugar este último donde suele figurar en los mapas históricos modernos. En todo caso había que pensar que la Murgantia marítima de Livio XXIV 27, 5, era otra ciudad homónima que habría que buscar al Sur de Catania, donde se han conservado topónimos como Murgo o Murga; ello, si no se prefiere suponer un lapsus de Livio.

Hoy, gracias a los hallazgos de Serra Orlando, y precisamente a la aparición en ellos del numeroso lote de monedas con HISPANORVM, la solución, no aproximada, sino definitiva, parece recaer en Serra Orlando, cerca de Aidone, en el centro de Sicilia. Las pruebas las daremos más adelante.

Murgantia es ciudad que figura en los textos con alguna insistencia. Parece ser que tuvo su momento álgido, su akmé, en los siglos V y IV a. de J. C. En todo caso Diódoros, que tenía motivos para conocer la ciudad y su historia, dice de ella, narrando acontecimientos de mediados del siglo V, que era ἀξιόλογος πόλις (Diód. XI 78, 5).

Durante la Segunda Guerra Púnica, y justamente poco antes del episodio que ahora nos entretiene, Murgantia vuelve a aparecer en un hecho que, de modo indirecto, va a estar en íntima relación con el que narramos. Sicilia había sido incorporada a los dominios de Roma, tras la Primera Guerra Púnica (264-241). Su posesión la hacía efectiva por medio de guarniciones distribuidas en distintas ciudades de la isla. La presión política y militar que Carthago ejercía entonces sobre Siracusa hizo que Roma extremara su vigilancia y se excediera en sus represiones, lo que a su vez dio lugar a que el odio contra su dominio creciera hasta la exasperación. Murgantia, sobre tener una de estas odiadas guarniciones romanas, tenía también grandes depósitos de víveres. Los murgantinos, en 214, mataron a la

¹ La noticia de Éphoros, se halla antes en Hellánikos de Lesbos (en Dionys. Hal. *Ant.* 1, 22), Tucídides (VI 2). Phílistos (en Diód. V 6, 1).

guarnición romana y se pasaron a los púnicos, cuyo general —Himilkón— había acudido a Siracusa con el propósito de hacer levantar el sitio que le tenía puesto Marcellus (Liv. XXIV 36).

Nada nos dicen las fuentes de lo que pasó luego con los murgantinos, cuando Marcellus entró en Siracusa y Roma volvió a hacerse dueña de toda Sicilia. Pero es fácil adivinarlo: probablemente fueron exterminados, pues poco después tanto la ciudad como el campo de los murgantinos (*urbs agerque*) se transfería a los estipendiarios hispanos de Moericus y de Belligenus [-17→18-] (Liv. XXVII 21, 12 y 17). Esto debió de ocurrir probablemente ya en el 211.

No parece que Murgantia, habitada ahora por gentes absolutamente ajenas a su medio étnico, viviese mucho tiempo. Sabemos ahora, gracias a las recientes excavaciones de las que hablaremos luego, que los hispani allí asentados acuñaron moneda propia con leyenda HISPANORVM; pero tanto el cese de estas acuñaciones como los hallazgos arqueológicos, nos denuncian que la ciudad, a fines del siglo I antes de J. C., había dejado de ser tal ciudad. Ello coincide con la referencia de Strabon, que escribía en tiempos de Augusto. Pues bien, Strabon dice (VI 2, 4) que entonces Murgantia ya no existía: πόλις δ' ἡ αὐτή, νῦν δ' οὐκ ἐστίν.

Las razones que motivaron tal extinción no las conocemos. Tal vez sea lícito atribuirle al proceso de desurbanización y descentralización que padeció Sicilia en tiempos ya imperiales. Pero esta explicación no satisface por completo. Acaso haya que pensar más bien en hechos graves por nosotros ignorados. Porque hay que admitir, a la vista de las menciones textuales posteriores, que al menos la comarca, y con ella sus moradores, conservaron el nombre, pues a ellos hay que aplicar las referencias de Columella (III 2) y Plinio (III 7, 91). Este nombra a los murgantinos entre los stipendiarii, es decir entre los peregrinos de más baja categoría, aplicada sólo a aquellos que habían ofrecido resistencia dura a la autoridad de Roma. Pero es difícil pensar que este castigo haya sido impuesto a los descendientes de los colonos españoles. Tal vez Plinio se refiera a los posibles descendientes de aquellos indígenas murgantinos desposeídos de ciudad y tierras en 212. Las futuras excavaciones darán acaso solución a éste, como a tantos otros problemas, que no hallan fácil solución en el estado actual de nuestros conocimientos.

EXCAVACIONES EN MURGANTIA.

La arqueología ha confirmado plenamente los textos antes glosados. En 1957, R. Stillwell, E. Sjöquist y sus colaboradores, publicaron los resultados provisionales de las excavaciones que la Princeton University había emprendido en Serra [-18→19-] Orlando, lugar sito en la región donde se suponía con muchos visos de certeza había que buscar la ciudad de Murgantia, cuya exacta y precisa ubicación era, sin embargo, aún problemática ¹.

Según estos avances se hallaron en la primera campaña 3.262 monedas, en su mayoría de Siracusa (1.030), casi todas de los años 270 al 215, es decir anteriores a los hechos que narramos. Salieron también muchas de Catana y de otras ciudades sikeliotas. Entre las restantes aparecieron 198 con un sorprendente epígrafe

¹ Excavations at Serra Orlando. Preliminary Report, *American Journal of Archaeology*, 61, 1957, 151 ss.

que decía HISPANORVM ². Los autores se limitaron a llamar la atención sobre esta singular aparición sin añadir comentario alguno por desconocer, al parecer, su probable relación con los textos que acabamos de presentar.

Sin embargo, para el que como yo los conociera ³, saltaba a la vista la íntima relación habida entre las referencias de Livio y los hallazgos de la Princeton Expedition. En consecuencia, me puse a estudiar de nuevo el problema con detenimiento. De los textos no había ya nada nuevo que esperar. Pero era interesante la presencia ahora de unas acuñaciones que yo creía nuevas. Una primera rebusca en los libros y repertorios al uso me reveló al punto la existencia de cierto número de ejemplares numismáticos con idéntica leyenda guardados principalmente en colecciones de Sicilia, pero de los cuales se sabía poco y se fantaseaba mucho. De ellos habló ya Heiss en libro tan conocido como su *Description générale des monnaies antiques de l'Espagne*, París, 1870, 441, y en una monografía publicada dos años antes en el *Annuaire de la Société française de Numismatique et d'Archéologie* con el título "Notes sur les monnaies de bronze avec la légende Hispanorum", que por el momento me fue imposible consultar. Vi después las referencias de Grant y Sydenham, que luego se citan.

Estaba ya metido en plena rebusca cuando en 1958, es decir un año después de la publicación del Report antes citado, vi en el mismo *American Journal of Archaeology* un excelente trabajo [-19→20-] de Kenan Erim titulado "Morgantina", en el que se estudiaba la extraña serie de los bronceos con HISPANORVM y se relacionaban precisamente con los hechos que aquí nos ocupan. El magnífico estudio de Erim me eximía ya de mi obligación, tanto más cuanto que él conocía directamente el rico material surgido de las excavaciones. Pero como en su estudio numismático no tenía por qué agotar el tema de Moericus y Belligenus y éste permanecía aún intacto desde el punto de vista que a mí me interesaba, me pareció oportuno publicar mi trabajo añadiendo el que Erim me ofrecía ya logrado desde su especial óptica. En consecuencia, me limitaré ahora a añadir, a modo de apéndice, los principales resultados de la brillante tesis doctoral que Kenan Erim leyó en su promoción a doctor por la Universidad de Princeton ¹.

LAS ACUÑACIONES CON HISPANORVM.

Monedas de bronce, con leyenda HISPANORVM eran ya conocidas desde fines del siglo XVII, por lo menos. Su primera mención aparece en el libro de F. Paruta, *La Sicilia descritta con medaglie*, Lyon, 1697. Eckhel las consideró también en su famosa obra publicada un siglo después. A comienzo del siglo XIX son citadas por Sestini y luego por Mionnet, llegando con ellos a la primera monografía, la ya citada de A. Heiss. Dejando aparte otras menciones que pueden verse en Erim l. c. nota 2, mencionemos las más recientes: la de nuestro J. Amorós, Siracusa y las monedas del Levante español, *Rassegna Monetaria*, 33, 1936, 448; Grant, *From*

² *AJA* cit., p. 158.

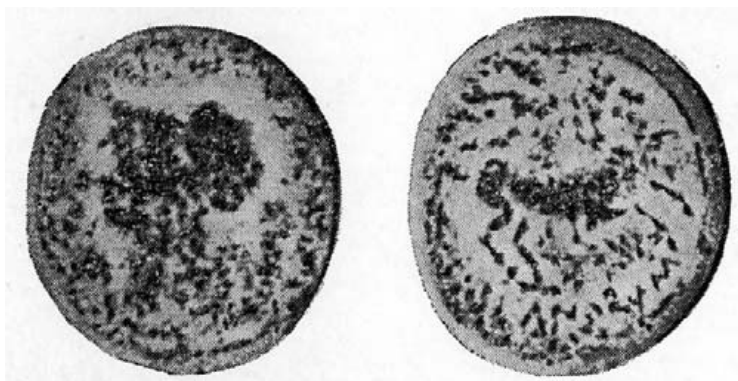
³ Expuse el episodio de Moericus y Belligenus en mi libro *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942, 162 ss.

¹ Kenan Erim, *Morgantina*, *AJA* 62, 1958, 79 ss.

Imperium to Auctoritas, Cambridge, 1946, 29 ss., y Sydenham, *The Roman Republican Coinage*, Londres, 1952, 214.

Hasta las excavaciones de Serra Orlando el número de ejemplares conocidos era de 122, de los cuales uno guarda nuestro Museo Arqueológico Nacional y otro el coleccionista de Madrid, señor Iriarte, que ha tenido la bondad de suministrar-nos la fotografía que aquí publicamos al doble del tamaño original. Su peso es de 5,890 grs. Las demás se conservan, en su mayoría, en los museos de Siracusa y Palermo. Las surgidas en la primera [-20→21-] campaña de Serra Orlando, lugar de la antigua Murgantia, suman 198. Fueron halladas al nivel del suelo en las tabernas del llamado Mercado Central. Después aparecieron 35 más ¹.

De todo este conjunto de 355 piezas se pueden hacer siete grupos según sus tipos: 1) Cabeza de Athena / jinete. 2) Cabeza masculina / jinete. 3) Cabeza de Júpiter a la derecha / Pegaso. 4) Diana (?) a la der. / apex. 5) Athena / apex. 6) Cabeza masculina laureada a la der. / apex; y 7) Cabeza laureada de Júpiter / águila explayada con serpiente en las garras. Algunas, a más de la leyenda HISPANORVM, llevan éstas no bien comprobadas aún: L. IVNI LEG. SIC (lectura dudosa), ANA y PANORMOS SIC (la P de Pánormos de forma griega H).



Moneda de Murgantia, con Athena / Jinete y leyenda HISPANORVM. Madrid, col. Iriarte. Al doble de su tamaño. Peso: 5,890 gr.

Los intentos hechos para explicarse esta acuñación han sido varios. Se excluía en general —y con razón— su procedencia española, pues aquí no había aparecido nunca ejemplar alguno. Por el contrario, se estaba de acuerdo en que debía de ser una acuñación siciliana. La coyuntura histórica más aceptable la ponía en relación con Sextus Pompeius y sus partidarios hispanos, tesis que, no teniendo los datos que ahora poseemos, era plausible.

La fecha precisa de estas emisiones se ignoraba, pues aunque [-21→22-] iba implícita en su atribución a Sextus Pompeius, la verdad es que tipológicamente no acababan de concordar con las monedas de su tiempo. Fue sumamente agudo Williers (*Geschichte der römischen Kupferprägung*, Leipzig-Berlín, 1909, 98) cuando, basándose en su estilo, discrepó de la opinión general fechándolas hacia el año 100 a. de J. C., con lo que se acercaba mucho más a la verdad hoy cono-

¹ *AJA*, 65, 1961, 281.

cida. En efecto, las recientes excavaciones en Serra Orlando han llevado a situarlas entre la segunda mitad del siglo II a. de J. C. y la segunda mitad del siglo I a. de J. C. Es decir, a lo largo de tan sólo un siglo. Ello explica su relativa escasez, pero ello da también más valor al hecho de que estas acuñaciones sean las más numerosas entre las conocidas de una sola localidad halladas en Murgantia.

Ahora bien; ¿cómo explicarse este lapsus de tiempo entre la fecha de establecimiento de los hispani en Murgantia (211) y el comienzo de sus acuñaciones? Erim responde, con razón, suponiendo que hubo de pasar forzosamente un tiempo relativamente largo entre el establecimiento de los colonos hispanos y la necesidad de acuñar numerario, necesidad que no hubo de sentirse —dice— sino después de que estos colonos y sus descendientes se organizaran tanto política como económicamente. La acuñación de un numerario propio significaba para ellos una distinción política de los demás habitantes (romanos y latinos) que probablemente disfrutarían de un status jurídico diferente. A este respecto me permito añadir que, si bien sabemos que Moericus fue honrado con la ciudadanía romana (Liv, XXVI 21, 11) y que a Belligenus se le concedieron 400 yugadas de tierra (Liv. XXVI 21, 13), de los otros no sabemos nada más, sino que se les dieron las tierras y la ciudad de Murgantia (Liv. XXVI 21, 12: y 17), sin que se diga una palabra acerca de su status jurídico. En todo caso parece deducirse que Murgantia y su territorio se les dio íntegro a los hispani a título de ager publicus que era. Es decir, que fueron en calidad de colonos.

Una interesante cuestión surge de los hechos expuestos. Los estipendiarios asentados en Murgantia eran, según Livio, hispani. Pero Livio no distingue sus regiones. Erim los cree celtíberos y, en efecto, como ya vimos, los nombres de Belligenus y Moericus parecen apuntar hacia el centro de la meseta. En todo caso eran de estirpe céltica, no íbera. Pero nada sabemos de los demás [-22→23-] hispani asentados en Murgantia, entre los que hemos de suponer otros oriundos de diversas regiones peninsulares. Es decir, que unos hablarían dialectos célticos y otros ibéricos. Si añadimos que los colonos de Murgantia estaban en un ambiente indígena sículo y que la lengua de tráfico culta de toda la isla era el griego, nada de extraño tiene que estas gentes, ante tal diversidad de idiomas, eligieran para sus monedas la única lengua entonces común para todos, el latín, la lengua del pueblo dueño de toda la isla. Ello explicaría también que sus acuñaciones lleven el epígrafe HISPANORVM, en el que hay que suplir el nombre de la ciudad (*Murgantia*) *Hispanorum*, paralelo exacto de otro caso similar también siciliano y casi coetáneo, el de MAMEPTINΩN que ha de estar por (Μεσσάνα) Μαμερτίων.

Es interesante hacer constar, como prueba indirecta de que, efectivamente, Serra Orlando es el asiento de Murgantia, el hecho de que las únicas procedencias conocidas del numeroso lote de bronce con HISPANORVM hallados antes de las excavaciones americanas apuntan precisamente a Serra Orlando. De los 22 ejemplares que posee el Museo de Siracusa diez tiene declarada su oriundez, y ésta es Aidone y Serra Orlando. Aidone está cerca de Serra Orlando y puede ser muy bien el lugar donde se adquirieron las monedas. De los 26 ejemplares del Museo de Palermo, sólo uno ha conservado su procedencia y ésta es de nuevo Aidone. El Museo de Siracusa posee 15 ejemplares en plata y bronce de la ceca de Murgantia; pues bien, de ellos dos están registrados como provenientes de Serra Orlando.

Como muy bien concluye Erim, si consideramos la extensión de Sicilia y el número de los lugares donde podían haber sido halladas tales monedas, no deja de extrañar la coincidencia. El curso de las presentes excavaciones nos han de revelar aún muchos secretos y aclarar muchas dudas.